Joaquín Estefanía

Revoluciones

Cincuenta años de rebeldía (1968-2018)

Galaxia Gutenberg

Joaquín Estefanía

Revoluciones

Cincuenta años de rebeldía (1968-2018)

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2018

© Joaquín Estefanía, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 3931-2018
ISBN: 978-84-17088-86-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Ana

I

Introducción: La tribu de los topos

«Así que venid, amigos, no temáis.
Pasamos por aquí de puntillas.
Fuimos creados en el amor;
y en el amor desaparecemos.
Aunque todos los mapas de sangre
y carne
están colgados en la puerta,
aún no hay nadie que nos haya
dicho
de qué sirve Boggie Street».

Leonard Cohen

LOS AÑOS MÁGICOS

Cada herejía tiene su apostasía. La tercera ley del movimiento de Newton –«a toda acción se opone siempre una reacción igual»– ha tenido un correlato casi perfecto en los movimientos sociales en este último medio siglo. Revoluciones y contrarrevoluciones han estallado contra lo políticamente correcto en cada situación; se han sublevado contra cada *statu quo*. A cada Mayo del 68 le ha sucedido un Mayo del 68 en sentido inverso; a cada avance progresista, una revolución conservadora; a la formación de una izquierda alternativa, la creación de una nueva derecha *neocon*; a cada paso socialdemócrata, una oposición neoliberal. La historia continúa y analizar medio siglo es sólo una formalidad. En algún momento habrá que hacer balance y al final del mis-

mo determinar quiénes son los vencedores y quiénes los vencidos en esta dialéctica de confrontación sistemática. Cada una de las partes ha florecido cuando ha dispuesto de la fuerza con la que oponerse. Se trata de un proceso estocástico, cuyo comportamiento es no determinista. Depende de la correlación de fuerzas que se acumule.

A un lado del *ring* están los años mágicos, 1968 (mayo), 1999 (movimiento antiglobalización), 2011 (los indignados); en el otro, los reactivos, 1979 y 1980 (Margaret Thatcher y Ronald Reagan), 2001 (los neoconservadores) y 2016 (Donald Trump). Tan disímiles unos y otros. En un rincón, los jóvenes, que arrebataron al proletariado el monopolio de la rebeldía; en el otro, los aparatos del Estado, dispuestos a no consentir esa rebeldía y a restaurar sin complejos lo que el economista Lluís Boada ha denominado «la senectud del capitalismo». A cada gesto corresponde otro en sentido contrario. Sin tenerlo en cuenta no es posible medir bien la potencia que requiere cualquier acción, pues a ésta le corresponde una reacción. Acción y reacción son indisociables: si el sentido de la historia lo da el progreso, el motor de la historia era la lucha de clases. Las revoluciones, en su sentido más amplio, son un legado incomparable que han pretendido, equivocadamente o no, quienes han luchado por la dignidad humana y por dejar tras de ellos un mundo mejor que el que encontraron al nacer.

El concepto de revolución comenzó a ser utilizado en política a partir del siglo XVII. Adquirió un aura mítica que siempre le ha rodeado. En este libro no se utiliza dicho concepto *stricto sensu*, esto es, como la toma violenta y rápida del poder político que genera en las sociedades transformaciones profundas y duraderas en el orden político, económico e institucional. Según el historiador José Álvarez Junco («Las revoluciones: entenderlas o añorarlas», *Claves de Razón Práctica,* número 254), hay otra acepción más genérica, menos dura, que contempla a las revoluciones como explosiones colectivas de protesta con aspectos trágicos pero también festivos, que tienden a sustituir el orden social y político existente

por otro en el interior del mismo terreno ideológico (dentro del capitalismo –el capitalismo del bienestar–, dentro del socialismo –el socialismo de rostro humano–, o en el seno de una dictadura –aparición de varias sensibilidades en un sistema de partido único–); fenómenos culturales genéricos, como la fascinación que los sueños de redención ejercen sobre la colectividad humana. El politólogo conservador Samuel Huntington dice que la modernización erosiona las viejas creencias y lealtades, y hace aparecer nuevos actores y nuevas demandas sociales ante las cuales la comunidad política puede no saber adaptarse; entonces, los grupos emergentes se enfrentan con la autoridad establecida por canales ajenos al sistema y ello culmina en una revolución.

Es significativa la sustitución de la lucha de clases por la brecha generacional en esta historia. Los jóvenes que han salido a la calle, muchos de ellos provenientes de la burguesía y de las clases medidas, acusaron a los obreros de aburguesamiento, de tener cosas que perder, por lo que no podían seguir siendo la vanguardia del cambio como en el siglo anterior. Con las transformaciones, el proletariado ha ido perdiendo poco a poco el carácter de vehículo único de las metamorfosis sociales que ganó desde 1848, aquel año de la «irreligión de la revolución», cuando la izquierda europea esperaba una mutación total, inevitable, predestinada, del orden social. El proletariado también ha perdido el carácter del mito movilizador más poderoso del mundo contemporáneo. La juventud, interclasista, contradictoria, transversal, ha tenido que tirar en más de una ocasión de ese proletariado para que se movilizase, produciéndose contradicciones entre generaciones distintas, que han vivido de manera diferente. Ha sustituido algunas veces al sujeto redentor.

Hemos utilizado la metáfora marxista del topo –«[…] y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!» (*El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*)– para describir la rebeldía de los jóvenes durante este tiempo, y la hemos completado con la versión

que de ella dio el que fuera secretario general del partido italiano Potere Operaio, Sergio Bologna, hasta principios de los años setenta del siglo pasado, que en un artículo y un libro titulados *La tribu de los topos* pretendió desarrollarla en relación a los procedimientos de los estudiantes de extrema izquierda a finales de esa década. Bologna, profesor en Trento, Padua y Bremen, estudiaba a la nueva izquierda y a fracciones del movimiento sindical instalados en el que se denominó «movimiento de 1977» (en el que apenas participó la clase obrera). Todo partía de William Shakespeare, que en su *Hamlet* escribe: «¡Así se habla, viejo topo! ¿Podrás trabajar rápido bajo tierra?». Karl Marx asumió la imagen del viejo topo, que se convirtió en una de las alegorías políticas recurrentes de la izquierda. Un líder sesentayochista de la IV Internacional, Daniel Bensaïd, buscó las analogías entre el viejo topo y lo que en ese año sucedía:

> Desde Shakespeare a nuestros días, el topo es la metáfora de lo que avanza obstinadamente, de las resistencias subterráneas y de las irrupciones súbitas y, muchas veces, inesperadas. Cavando con paciencia sus galerías en el espesor oscuro de la historia, surge en ocasiones a plena luz, en el destello solar de un acontecimiento. Él encarna el rechazo a resignarse, a la idea de que la historia está llegando a su fin.

Mao Zedong, otro mito de la izquierda sesentayochista, recreó esa resistencia de otro modo en el relato titulado «El viejo tonto que removió las montañas»: «Después de que yo muera seguirán mis hijos, cuando ellos mueran quedarán mis nietos y luego sus hijos, y los hijos de sus hijos y así sucesivamente».

No todos los jóvenes rebeldes de este último medio siglo hubieran entendido la metáfora del viejo topo. Sin duda muchos no la conocieron. Sí la mayoría de los *soixante-huitards*, autoformados en las distintas familias del marxismo más duro (maoísmo, trotskismo, espartaquismo, guevarismo…), excepto en la más ortodoxa, la que llegaba de Mos-

cú, de la que abominaban como una especie de capitalismo de Estado o como una degeneración burocrática del «verdadero comunismo». Pero no la habrían comprendido sus hijos o sus hermanos pequeños pertenecientes a los movimientos altermundistas, o a la tercera generación proveniente de la multitud de grupos indignados. Los penúltimos y los últimos han roto con los marxismos (con excepciones minoritarias), por ignorancia o por desinterés, y retomaron el hilo roto del año 1789. Revolución francesa frente a revolución bolchevique; libertad, igualdad y fraternidad frente a todo el poder para los sóviets. Lo escribió el compañero de Marx, el viejo Friedrich Engels, en el último prefacio a *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*: estábamos «hechizados» por el experimento histórico de 1789, porque fue entonces cuando Francia acabó con el feudalismo y entronizó a la burguesía, «una paridad clásica no igualada por ninguna otra tierra europea».

Si hubiera que establecer algunos factores de unificación entre estos tres movimientos protagonizados fundamentalmente por los jóvenes –Mayo del 68, antiglobalización, indignados– éstos podrían ser, entre otros, los siguientes:

–1) La rebelión contra todo tipo de autoridad. Fueron pronunciamientos libertarios en el sentido extenso, no en la acepción ideológica (anarquista) del término. Lucharon contra el principio de autoridad en territorios tan esenciales para el sistema como la educación, la familia o los medios de comunicación tradicionales, los que antes se calificaban como aparatos ideológicos del Estado. Ello dio lugar a antinomias muy peculiares, sobre todo al principio: ¿cómo se era al tiempo antiautoritario y maoísta o trotskista?, ¿cómo se podía criticar a los medios de comunicación por manipuladores al servicio del sistema y al tiempo aprovecharlos para retransmitir en directo las movilizaciones masivas y los lemas que en ellas se repetían?

Fueron movilizaciones comunitaristas, formas de participación que agigantaban las emociones colectivas, aun con diferentes modalidades de activismo popular. La rebelión

contra un sistema educativo elitista y decadente, contra el pago de una deuda pública entendida como ilegítima, o contra una austeridad desequilibrada son sólo los puntos de partida. La gente no se manifestaba en la calle para rendir homenaje a un artista, como en un festival de música, ni para escuchar a un orador, como en un mitin político o en una iglesia. Como expresó uno de los participantes en el movimiento del 15-M en Madrid, la gente no acudía para ver la función, sino para ser la función misma, y lo que se estaba representando no tenía actores principales, divos ni guión previo, sino que los argumentos, debates, quejas, críticas, las propuestas concretas y las ideas generales se intercambiaban por otras.

–2) La decepción, el enfado y la indignación no se formalizaban tanto por la dureza absoluta de las circunstancias políticas o económicas de los contestatarios (al fin y al cabo, no pertenecían mayoritariamente a los países más pobres o más sangrientos de la Tierra, sino al Primer o Segundo Mundo, o a la aristocracia del Tercer Mundo), sino por la desigualdad con la que los infortunios golpeaban en cada momento a los distintos segmentos de la sociedad (el concepto de clase social se fue transformando con una complejidad creciente, dejando difusos sus contornos). Expresaban su preocupación por el futuro, por quedarse atrás en una distribución de la renta, la riqueza y el poder cada vez más regresiva, por las dificultades crecientes para acceder a la igualdad de oportunidades y de resultados, y no depender tanto de su esfuerzo personal como de las condiciones económicas de sus antecesores.

Al revés que en las revoluciones y revueltas dirigidas por la clase trabajadora en los siglos XIX y primera parte del XX, los jóvenes rebeldes también se preocupan por los que están debajo de ellos, pero se fijan además en los que están encima, en la cúspide; cómo viven, cómo se ha introducido por la puerta de atrás la «rebelión de las élites» mediante la cual éstas no quieren pagar más impuestos con los que financiar el Estado porque han privatizado partes significativas de ese Estado:

habitan en urbanizaciones cerradas, con su propia sanidad, educación primaria, secundaria y universitaria, sus sistemas de seguridad privada, etcétera. Esas élites son los nuevos invisibles; tratan de que no se sepa de ellas, quiénes las componen, cuánto ganan y cuánto tienen, para no ser objeto de indignación. De esa reflexión salió el lema de Occupy Wall Street «Somos el 99%». El 1% restante son «los otros».

–3) Cada momento de la historia tiene sus poderes fácticos. Hubo un tiempo en que lo fueron la Iglesia, el Ejército y la banca. Los dos primeros se disolvieron en el *ethos* de las sociedades democráticas, y quedó el sistema financiero, los mercados, que devinieron en el enemigo principal de los jóvenes contestatarios. Para ellos, los políticos profesionales, los organismos multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial del Comercio (OMC) o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), conformados por altos burócratas, no son sino los empleados de los poderes financieros que mueven los mercados, como si fueran marionetas.

EL INTENTO DE ALUMBRAR UN SEÍSMO

Los jóvenes rebeldes tuvieron que olvidar los «anestesiados años cincuenta» y entrar en la década prodigiosa. Uno de los personajes de la novela de espías *El intocable*, de John Banville, lo explica mejor que ningún ensayo:

> Hoy en día todos denigran los años cincuenta, diciendo que fue una década deprimente y tienen razón si se piensa en el maccarthismo, Corea, la rebelión húngara […] todos esos asuntos serios. Sospecho, sin embargo, que la gente no se queja de los asuntos públicos, sino de los privados. En mi opinión su problema era muy sencillo: no tuvieron una vida sexual intensa ni realmente satisfactoria. Todo aquel torpe manoseo luchando con las fajas y la ropa interior de lana, aquellas cópulas sombrías en los asientos de atrás de los coches, aquellas quejas y

> lágrimas y silencios rencorosos mientras por la radio se cantaba con voz suave el amor eterno, ¡puf! ¡Qué sordidez, qué desesperación más desasosegante!

Por ello, el primer punto del orden del día de Mayo del 68 en Nanterre fue algo tan humilde como acabar con la prohibición de que los chicos y las chicas circulasen con libertad por las habitaciones de unos y otras. Así comenzó todo. Ya se había obtenido el Estado del Bienestar, que no sólo aseguraba la protección social sino que legitimaba al Estado como tal. A continuación venían las costumbres y los poderes fácticos, la revolución sexual y luego –en esto han coincidido las tres generaciones de rebeldes– la denuncia de una forma de crecimiento económico que, orientada a la multiplicación del beneficio privado, era indiferente a las ideas de bienestar colectivo, justicia social y protección medioambiental.

El centro de la contestación va madurando mientras sitúa enfrente a un poder financiero cada vez más omnímodo, y la complicidad del poder político y cultural con él. Se hizo especialmente doloroso el papel de los socialdemócratas, que fueron abandonando su ideario clásico para conformarse, siempre según los jóvenes contestatarios, como una suerte de conservadores de rostro humano, compasivos, que ya no pretendían acabar con el capitalismo, sino transformarlo: hacerlo bueno. La socialdemocracia aceptó buena parte de las herramientas de la derecha política: privatizaciones, desregulación, prioridad de la lucha contra la inflación y no contra el paro, debilitamiento del poder sindical, reducción del gasto social, incremento del gasto de defensa, etcétera. En ello jugó un papel determinante el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), el más importante de Occidente, quien en el año 1959, en un congreso celebrado en la localidad de Bad Godesberg, hizo oficial el final de la adhesión al marxismo, de las nacionalizaciones, el abandono de la política de desarme, su conversión en un partido de todo el pueblo y no sólo de la clase trabajadora. En definitiva, se incorporaba

por la puerta grande al sistema capitalista, para corregir sus excesos, quitándose las adherencias de sus mártires Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, y renunciando al socialismo como alternativa al capitalismo. Ello supuso una traición para una parte significativa del movimiento estudiantil, que abandonó al SPD y pasó a posiciones de extrema izquierda, a veces violentas.

El historiador británico Eric Hobsbawm escribió en el año 1993:

> La crisis global del capitalismo en las décadas de los setenta y de los ochenta ha producido dos resultados igual de paradójicos. Ha llevado a una revitalización de la creencia en la empresa privada y un mercado irrestricto; a que la burguesía haya recuperado su confianza militante en sí misma hasta un nivel que no poseía desde finales del siglo XIX y, simultáneamente, a un sentimiento de fracaso y una aguda crisis de confianza entre los socialistas. Mientras los políticos de derechas se vanaglorian, quizá por primera vez, del término «capitalismo», que solían evitar o parafrasear debido a que esta palabra se asocia con rapacidad y explotación, los políticos socialistas se sienten intimidados a la hora de emplear o reivindicar el término «socialista».

Tres años antes del congreso revisionista del SPD habían tenido lugar dos acontecimientos muy significativos que sin duda influyeron desde fuera en él: El Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) había celebrado su XX Congreso, el primero sin Iósif Stalin, en el que su sucesor, Nikita Jrushchov, había pronunciado un «discurso secreto» (sin estar presentes los invitados extranjeros del resto de partidos hermanos) en el que había denunciado la represión estalinista contra los viejos bolcheviques compañeros de Lenin y contra millones de personas, muchos, cuadros del partido, y el desorbitante «culto a la personalidad» del anterior secretario general. El principio de la desestalinización generó una enorme confusión en el mundo comunista de todo el planeta. Pocos meses después, Hungría, un país del glacis soviético, fue inva-

dida por tropas de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) al pretender sus ciudadanos, sin duda influenciados por lo sucedido en el XX Congreso del PCUS, hacer una apertura política hacia la democracia. El estallido, el 23 de octubre de 1956, comenzó como una revuelta estudiantil en la capital, Budapest, pero luego se extendió al resto del país. Las imágenes fueron premonitorias de lo que una docena de años después pasó en Praga y Checoslovaquia. Hubo otros hechos determinantes en el mundo ese año, como la nacionalización del canal de Suez, en Egipto, por el coronel Gamal Abdel Nasser, o el mítico desembarco en Cuba, al bordo del *Granma,* de Fidel Castro, Ernesto Guevara, Camilo Cienfuegos, y el resto de los barbudos.

Aunque a partir de 1956 empezaron a multiplicarse los gérmenes de nuevas izquierdas políticas (redes de solidaridad francesa con el Frente Nacional de Liberación argelino [FLN], las campañas contra el desarme nuclear en Gran Bretaña, la aparición del Partido Socialista Unificado [PSU] en Francia y del Partido Socialista Italiano de Unidad Proletaria [PSIUP]), aquéllos no maduraron hasta 1968 como intentos de alumbrar un seísmo social que cambiase el mundo en el que estallasen las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción (la economía suele ir antes que la cultura) y emergió un gran temario, hasta entonces nuevo en el mundo de la izquierda, con el feminismo, el ecologismo, la libertad sexual, el respeto a las minorías; la igualdad en una educación más universal, más democrática, menos elitista; el pacifismo y el antiimperialismo, la lucha por los derechos civiles, políticos y sociales, el comunitarismo, la denuncia del poder económico y la ausencia de cualquier democracia en el seno de la empresa, etcétera. Éstos eran los asuntos que llegaron con la nueva política que surgió a finales de la década de los sesenta. No eran, ni mucho menos, asuntos meramente culturales, sino políticos: de poder. Se buscaba un nuevo contrato social más allá del de la posguerra, en el que pretendían participar en primer plano los jóvenes como generación.

Mayo del 68 y los movimientos continuadores alumbraron una izquierda alternativa, híbrida ideológicamente. El encuentro filial o fraternal entre los jóvenes sesentayochistas y los activistas antiglobalización y los indignados ha supuesto la formación genérica de un nuevo espacio en el que se integran distintas piezas ideológicas de puzles diferentes, procedentes de distintos orígenes y lugares. Eugenio del Río, uno de aquellos jóvenes, hoy ya maduros, ha estudiado las disparidades existentes entre la indignación de hace medio siglo y la de hoy. A diferencia de la configuración ideológica del 68, esta confluencia de ideas no ha producido ni una ideología de nuevo cuño (como antaño fue el marxismo en sus diferentes versiones), ni la identificación con una clase social, ni siquiera el apoyo sin reservas a un régimen o a un país determinado. No es poco.

También se exhibieron nuevas estructuras de poder. A las movilizaciones de 1968, 1999 y 2011 hay que añadir, en otro orden, el año 1989 con la destrucción del Muro de Berlín como icono de la muerte del socialismo real y la matanza de Tiananmén en China. Frente a esos avances progresistas, a los que habría que unir los que se habían desplegado desde el final de la Segunda Guerra Mundial con la creación del Estado del Bienestar, se produjo una reacción ideológica muy profunda, a la que se llamó Revolución conservadora, que buscaba unas ideas y unas prácticas alternativas. Se trataba de lo que sus líderes y teóricos denominaron «la restauración»: del *statu quo*, del *ethos* natural quebrantado por el progresismo de la década que va desde 1968 a 1978 y por la ingeniería social anterior.

LAS TRES «M»: MARX, MAO Y MARCUSE

Como es habitual en el territorio de lo ideológico no todo el mundo compartió el sentido del progreso que nació de Mayo del 68. El segmento intelectual se dividió. Hubo quien apoyó entusiásticamente las revueltas y les proporcionó más

contenidos de los que inicialmente disponían. Al ser preguntada sobre el movimiento estudiantil en Estados Unidos de finales de los sesenta, la intelectual judía Hannah Arendt celebró sus objetivos (en aquel caso estaban muy vinculados a la instauración de los derechos civiles y al final de la guerra de Vietnam):

> Si dejo aparte las diferencias nacionales, que sin duda son muy grandes, y sólo tenemos en cuenta que éste es un movimiento global –algo que nunca antes ha existido, de esta forma– y si considero lo que en todos los países –al margen de objetivos, opiniones y doctrinas– realmente distingue a esta generación de las anteriores, lo primero que me llama la atención es su determinación de actuar, su júbilo en la acción y su confianza en la capacidad para cambiar las cosas con su propio esfuerzo.

La autora de *Los orígenes del totalitarismo* continúa su reflexión:

> La pregunta fundamental es la siguiente: ¿qué es lo que ocurrió en realidad? A mi juicio, por primera vez en mucho tiempo surgió un movimiento político espontáneo que no se limitó a ser puramente propagandístico sino que pasó a la acción, y además actuó casi exclusivamente por motivos morales. Junto a este factor moral, infrecuente dentro de lo que suele verse como un simple juego de poder o intereses, surgió una experiencia nueva para nuestra época: resultó que la acción política es divertida. Esta generación descubrió lo que en el siglo XVIII se llamó la «felicidad pública», que significa que cuando el hombre participa en la vida pública accede por sí mismo a una dimensión de la experiencia humana que de lo contrario le está vedada, y que de alguna manera constituye la felicidad plena.

Arendt reitera que el movimiento estudiantil fue muy positivo, aunque expresa sus reservas acerca de cómo evolucionará posteriormente. Nadie sabía entonces cuánto tiempo durarían los factores positivos, o si se deteriorarían y se

disolverían corroídos por el fanatismo. En la historia lo bueno suele durar poco, aunque ejerza una influencia decisiva sobre lo que acontece durante largas etapas.

Se pueden aportar asimismo las reflexiones críticas, en muchos casos acerbas y plenas de ácido sulfúrico ideológico, de los intelectuales que se manifestaron rotundamente contra el sentido progresista del 68. Hemos escogido las palabras de uno de los más representativos, el francés Raymond Aron, que en sus *Memorias* se explaya sobre sus oponentes, a veces con ironía hiriente, a veces con párrafos despiadados, a veces con criterios banales. Incluso escribió un *instant book* sobre ello, *La révolution introuvable,* y numerosísimos artículos de prensa, principalmente en el diario *Le Figaro,* también recopilados en forma de libro. Aron, filósofo, sociólogo, profesor universitario y escritor, ha sido uno de los espejos de los intelectuales liberales de todo el mundo. Califica las manifestaciones y barricadas parisinas como «verbena revolucionaria» o «carnaval estudiantil» y opina que pueden ser considerados como «heroicos o burlescos» según el talante de cada cual, aunque reconoce que siguen despertando pasiones. Es sincero cuando reconoce el punto al que se llegó cuando, durante los días 29 y 30 de mayo de 1968, temió que la rebelión se convirtiera en revolución: «Con algunos amigos escuchamos en casa la alocución del General [DeGaulle]. Creo que grité ¡Viva De Gaulle!».

Aron entiende que si la legalidad republicana hubiese cedido a «la presión de las pedradas y de las multitudes» el que habría recogido las nueces del suelo habría sido el Partido Comunista, que habría llenado el vacío de poder. Utiliza el concepto de «casi revolución» para describir «esta súbita distracción del aburrimiento cotidiano [...] realizada más como juego que como revolución», que despertaba simpatía y hasta entusiasmo. Y concluye:

> Las disputas callejeras que degeneran en tumultos, los enfrentamientos entre los manifestantes y la Policía siempre acusada

> de violencia llenan de placer a los eternos aficionados al guiñol que siempre disfrutan con las desventuras del gendarme; la alegre travesura de los jóvenes que salen todas las tardes a las «manis» refrescan el corazón de los adultos, mientras éstos no descubran su coche estropeado.

Para este filósofo francés que tanto practicó el periodismo, en Mayo del 68 emergen con toda su fuerza las tres «M»: Marx, Mao y Marcuse, cuyas ideas contrastan vivamente con los programas de la izquierda instalada. Al revés que Arendt y la gran mayoría de los científicos sociales que han estudiado aquellos días, entiende que las rebeliones estudiantiles que recorrieron el mundo desde Japón a París, pasando por Berkeley y Harvard durante el decenio de los sesenta, se explican en cada caso –haciendo abstracción de la limitación o del contagio– por causas puramente nacionales.

Fue Jean-Paul Sartre, un sesentayochista militante, quien replicó más directamente a Aron en sus textos, sus declaraciones y, sobre todo, con su presencia militante en las fábricas ocupadas o en las facultades cerradas. En una entrevista realizada al semanario *Le Nouvel Observateur* en momentos ya de reflujo (19 de junio), declara:

> Cuando Aron se va haciendo viejo repitiendo indefinidamente a sus alumnos ideas de su tesis –que escribió antes de la guerra de 1939– sin que sus oyentes puedan llevar a cabo ni el más mínimo control crítico sobre ella, ejerce un poder real, pero ciertamente ese poder no está fundado en un saber digno de tal nombre.

La Revolución conservadora, como sus oponentes ideológicos, también ha tenido tres hitos: la llegada de Margaret Thatcher y Ronald Reagan al poder, a finales de los años setenta y principios de los ochenta; los *neocons* de la guerra de Irak y de la lucha contra el terrorismo; y otra etapa restauradora del *statu quo* y de reconstrucción del Estado administrativo (en palabras de Steve Bannon, el que fuera jefe

de estrategia del presidente americano hasta que rompieron explosivamente) con Donald Trump en la Casa Blanca.

Los conservadores de este tiempo, que han incorporado el prefijo «neo» sin complejos de tipo alguno, pertenecen a una corriente intelectual e ideológica diferenciada del viejo conservadurismo. Están liberados de la nostalgia del pasado y han tenido cierta capacidad de innovación intelectual (exceptuando a sus jefes de filas, Reagan, George Bush II o Trump, que hicieron del antiintelectualismo una virtud; de ello se escapó Margaret Thatcher, más ilustrada), que durante mucho tiempo fue propiedad legítima y exclusiva de la izquierda. No en vano muchos de sus componentes provienen de la izquierda radical sesentayochista, preferentemente de su rama trotskista. Durante el último medio siglo han tratado de dotar de vigor político e intelectual a lo conservador; se sienten revolucionarios contra los que tuvieron el poder político y la hegemonía cultural antes de ellos, y postulan una mezcla de liberalismo económico (lo prioritario) y de conservadurismo político y moral (a continuación).

Posiblemente ya no se identificarían con la definición tradicional del conservador, proveniente del profesor de la London School of Economics Michael Oakeshott, al que algunos sitúan en el cuarteto de teóricos destacados de la derecha intransigente europea, junto a Leo Strauss, Carl Schmitt y Friedrich A. Hayek: ser conservador

> es preferir la familia a lo desconocido, preferir lo experimentado a lo no experimentado, el hecho al misterio, lo real a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo lejano, lo suficiente a lo sobreabundante, lo conveniente a lo perfecto, la risa del presente a la dicha utópica. Se preferirán relaciones y lealtades familiares a la atracción de apegos más rentables; adquirir y aumentar será menos importante que conservar, cultivar y disfrutar; el dolor asociado a la pérdida será más agudo que la excitación que provoca la novedad o la promesa. Ser conservador es estar a la altura de nuestra propia fortuna, vivir en sintonía con nuestros propios medios,

conformarse con aspirar a un grado de perfección acorde a uno mismo y a sus circunstancias.

Los *neocons*, en sus distintas variantes, son vanguardias de derechas que tratan de imponer a la sociedad propuestas y posiciones políticas que en muchas ocasiones presentan como espontáneas, que desacreditan la regulación, la administración pública o la intervención estatal, pero que en realidad han salido de sus laboratorios de ideas, financiados por las grandes empresas a las que sirven. En el extremo, esas ideas fueron tan asfixiantes en algunos momentos que devinieron en lo que se llamó «pensamiento único»: interpretar la sociedad fundamentalmente en clave económica y, consiguientemente, identificar la democracia con el mercado; considerar la solidaridad como subsidiaria de la eficacia y al ciudadano como un mero recurso humano; afirmar que el mercado es el que gobierna y el Gobierno quien administra lo que dice el mercado; el final de las ideologías y el fin de la historia...

Con la emergencia de los *neocons* en el marco de referencia de la globalización se asiste al advenimiento de una auténtica conciencia de clase a nivel internacional de las élites planetarias, que dirigen esa globalización conforme a sus intereses privados y que, según el exdirector de *Le Monde diplomatique*, Ignacio Ramonet, poseen en común una convicción y un reflejo casi pavloviano: el cemento armado ideológico que une a las élites globalizadoras de hoy es la sentencia más mediática de Thatcher: «¡No hay alternativa!».

La izquierda tradicional salió reforzada de la Segunda Guerra Mundial por su presencia militante, en distintos grados, en la resistencia contra el fascismo. A partir de 1945 y hasta la década de los sesenta, jugó un papel determinante en la creación del Estado del Bienestar, la mejor utopía factible de la humanidad hasta ahora mismo. A pesar de ello hubo un momento en que quedó anquilosada o dejó de ser el único factor de emulación progresista para los

baby boomers (los nacidos en la posguerra). En Mayo del 68 tomó fuerza una nueva izquierda: nueva porque estaba formada fundamentalmente por gente joven, y nueva porque abordaba los antiguos problemas desde otros puntos de vista, o ponía en el frontispicio de la opinión pública nuevos problemas como los que ya se han enunciado. Esa nueva izquierda estaba formada por vanguardias que, en muchos casos, no formaban parte de la clase social del proletariado, que eran transversales y se caracterizaban por la juventud de sus componentes, y que se tomaban la vida como un *carpe diem*. Quizá por ello, una parte significativa de esas vanguardias nunca quiso tomar realmente el poder con sus manifestaciones de rebeldía; preferían la influencia al poder, la palabra a la utilización de los procedimientos instrumentales para mandar. Muchos de sus componentes se integrarían posteriormente en el sistema y ayudarían a apuntalar lo que un día abominaron. Ésta fue una lección aprendida por sus nietos, que sí han querido, aunque no logrado, tomar el poder.

Bajo estas circunstancias se podría defender que Mayo del 68 nunca ha concluido del todo. Que ha adoptado diversas formas, pero ha continuado en el tiempo. Que desde entonces, nunca las cosas fueron iguales. Tampoco ha concluido la Revolución conservadora que le sucedió como estructura de pensamiento dominante en el mundo. Del mismo modo que la Revolución francesa tuvo su Termidor, Mayo del 68 tuvo sus *neocons*. La batalla ideológica final dependerá de la correlación de fuerzas políticas y económicas que se impongan. De ahí saldrá el vector definitivo para una época. No se puede saber qué dará de sí esta Revolución conservadora que ahora mismo está representada por un personaje, Donald Trump, del que ni siquiera se sabe si tendrá continuidad o será un mero asterisco en la historia. Por lo pronto, conocemos que no es una metáfora: dispara y utiliza los mensajes como si fuesen balas de una metralleta. Quizá haya que aplicar a Trump el principio de la navaja de Ockham, atribuido a Guillermo de Ockham y muy utilizado

en economía: en igualdad de condiciones la explicación más sencilla puede ser la más correcta. Trump es lo que parece. Mientras el tiempo resuelve estas incógnitas, recordemos que la memoria es un espacio de lucha. Ello es lo que hemos pretendido con este libro.